

CLORITO PICADO VISTO POR VANGUARDIA POPULAR

discurso pronunciado por el c. Fernando Chávez Molina en el homenaje de la Universidad al gran científico desaparecido



Dr. Clorito Picado T.

La Municipalidad de San José es consciente de la enorme importancia que tiene para el país la exaltación de los ciudadanos que en una u otra forma hayan contribuido al bienestar del pueblo costarricense o que se hayan dedicado al mejoramiento de nuestro país al través de la ciencia o del arte, acordó en fecha reciente asociarse al movimiento nacional que existe para honrar la figura del sabio costarricense Dr. Clodomiro Picado, decidiendo que esta calle que pasa frente a la Universidad, lleve el nombre de "CLORITO PICADO".

Clorito es un símbolo para esta Rica. Su nombre resume el aporte científico que nuestro país ha dado al mundo. Fue un hombre dotado de una inteligencia verdaderamente excepcional, de gran espíritu de trabajo y de sacrificio, que no son corrientes en nuestro medio, en su corta vida realizó una enorme labor, sobre todo si consideramos los escasos medios que Costa Rica le podía brindar. Su preparación y capacidades hicieron que fuera conocido mundialmente en el campo científico y como consecuencia, vinieron frecuentemente para el Dr. Picado las ofertas de otros países que le prometían todo lo que pidiera con tal de que se fuera a trabajar con ellos y para ellos, pero a diferencia de muchos otros costarricenses que apenas adquieren cualquier conocimiento o preparación menosprecian esta pequeña patria, Clorito desdenó esas ofertas porque siempre consideró que tenía deberes con su país; que era aquí donde podía trabajar más eficientemente y con mayor provecho para esta pequeña parte de la humanidad que se llama Costa Rica. Fue el ayo un nacionalismo bien entendido, puesto que también aspiraba a una patria grande que pudiera industrializarse; una patria que abarcara desde el Sixto hasta el Río Grande de México. Anhelaba que se fundieran en un sólo propósito de bienestar general, la feracidad de nuestras tierras centroamericanas, con la energía del petróleo mexicano y con la firmeza de su acero. Comprendió que todos estos recursos juntos, nos podían hacer enormemente ricos si los sabíamos utilizar en provecho propio. Le preocupaba que por todas nuestras exportaciones juntas no obtuviéramos nada más que dos colonos diarios por cápita, y aspiraba a que nuestro

pueblo pudiera algún día contarse entre los mejor nutridos de la tierra. Mas su nacionalismo no impedía que amara la idea de que desaparecieran las fronteras, de todos los pueblos del mundo y se fundiera en uno sólo dedicado al bienestar común. En carta dirigida a Carlton Beals, dice que en resumen su máxima aspiración sería la de que por decoro del género humano y para el bienestar de América, fuéramos ciudadanos del mundo y compatriotas del hombre.

Odiaba la injusticia y por eso estuvo siempre en contra de las satrapías que en la América persiguían y siguen persiguiendo en más de un país a los habitantes de esas desafortunadas tierras.

Era Clorito el científico que con un ojo atisbaba por el microscopio y con otro miraba afuera a su alrededor, a la vida. No se metió en su laboratorio ni para ver desde arriba a los demás; ni para aislarse del mundo, fue su laboratorio verdadera atalaya, y de allí atacó incesantemente el dolor humano provocado por lo microscópico así como el dolor causado por el hombre mismo. Desde su laboratorio situado cerca de la morgue del Hospital San Juan de Dios, pudo darse cuenta de que la mayoría de los cadáveres que por allí pasan son el resultado, mas que de las fuerzas de la Naturaleza, son el producto de la incompreensión del hombre, de la miseria o del egoísmo humano.

Esta actitud lo llevó a emprender su grandioso estudio sobre nuestras serpientes venenosas. Sabía que el jornalero de nuestros campos moría sin lucha, que su vida había sido robada por la mordedura de las serpientes: que en un solo mes, se habían registrado trece accidentes mortales causados por mordeduras de serpientes. Entonces se dispuso a arrancarle a la muerte las vidas de muchos costarricenses, Armado de su inteligencia y de unos cuantos aparatos y animales de experimentación salvó y seguirá salvando vidas, de humildes los más. Mientras los costarricenses mantengamos su obra en pie, estaremos levantándole el mejor de los monumentos, tal vez el único a que él hubiera aspirado: A que no falte en ninguna región en donde haya serpientes, el suero salvador. Allí en la finca más apartada de nuestra tierra en donde haya un equipo antiofídico, allí se estará rindiendo tributo a su memoria. Allí donde al inyectar el suero a un mordido de serpiente éste sienta renacer al aliento de la vida, allí estará presente Clorito, ganando batallas a la muerte.

En todos los problemas que atacó buscaba el medio de defender al hombre. Estudiaba los abonos para que se obtuvieran mejores cosechas; estudió la fermentación del café, para conseguir una mejor calidad y también para que desapareciera la hediondez de nuestros ríos, que

aparece en tiempo de beneficio, pestilencia que convierte sus alrededores en focos de disentería y de otras enfermedades.

Quiso prolongar la vida, pero la vida activa del hombre. Su obra "vacunación contra la senectud precoz", lo pone a la altura de Metchnikoff o de Bogomoletz. Su vida tiene un gran parecido con el primero, y a semejanza con el segundo, no pudo utilizar en provecho propio el producto de sus investigaciones. Tal como lo deseaba Metchnikoff, quería para el hombre una ortobiosis, es decir una vida normal, en conjunto armonioso que una vez cumplida plenamente su misión vital, conduzca a la muerte natural; es decir, a sentir, según sus propias palabras, "como después de un día de fatiga se deja sentir el deseo de dormir". No se conformaba a aceptar la paradoja de que "la vida, es la muerte"; quería para la humanidad una verdadera vida, una vida plena, vida real, una vida vital. Que el hombre no temiera ni olvidara la sentencia del reloj de sol: "Vulnerant Omnesultima necat": "Todas las horas dañan, la última mata".

Quiso siempre que se utilizaran nuestros propios recursos, desde la utilización de nuestras aguas, hasta, la utilización de nuestras plantas para curarnos. Por ese camino llegó a estudiar el cedrón, árbol de nuestros



Lic. Fernando Chávez M.

bosques, en que encontró el único glucósido que sirve para combatir el paludismo. Quiso encontrar en los pulmones mismos la medicina para combatir la tuberculosis; de allí su ensayo en el tratamiento de la tuberculosis pulmonar con homopeptonas. Observó fenómenos en sus cultivos que lo llevaron a hacer una comunicación a la Sociedad de Biología de París que pueden considerarse como las precursoras del descubrimiento de los antibióticos, como la penicilina.

Pero no es mi objeto aquí reseñar la vida científica de Clorito, sino más bien destacar brevemente al sabio que puso su ciencia al servicio del pueblo. Antes de terminar, expreso en voz alta mi esperanza de que el busto que hoy inauguramos aquí, no sea como tantos otros, un monumento mudo; que este pedazo de roca sacado del vientre mismo de nuestras montañas, que ha sido tallado por la mano fuerte de Chacón, nuestro escultor de Heredia, sea algo que nos recuerde la defensa de nuestra soberanía, recordando que Clorito quiso que Costa Rica, además de patria rica, sin hambre, fuera patria libre y soberana, dueña única de su destino. Espero que todos los que por aquí pasen, en especial los estudiantes, recuerden a Clorito. Ojalá que los jóvenes universitarios deseen imitarlo en lo que tenía de desinterés, de honradez hasta con su propio pensamiento, y sobre todo para que se convierta para ellos este busto en "el Ángel", de la duda, el Ángel de que nos habla en su ensayo "La repulsión, suprema Ley."

"Ojalá tuviéramos todos—decía—un ángel de la duda, que sembrara en nuestra inteligencia ese fermento fecundo que vivifica nuestro espíritu. A él nos encomendamos nosotros antes, a él encomendamos nuestros lectores ahora."

Sí, estudiantes de Costa Rica, que la llama de la duda consuma en vuestros espíritus los prejuicios que nos impiden proseguir por el camino que conduce a ennoblecer la vida humana.

LA CABEZA DE CLORITO Y LAS MANOS DEL ESCULTOR CHACÓN

El espectáculo magnífico que ofrece la cabeza del inolvidable científico costarricense, Dr. Clodomiro Picado, esculpida en piedra oscura y colocada a la entrada de la Universidad de Costa Rica, me llevó a contemplar las manos del creador de esta cabeza. Son unas manos oscuras, callosas, que se mueven nerviosas con toscos gestos. De ellas, como de un vientre fuerte, han salido muchas creaciones que andan anónimas y desperdigadas por el mundo: la cabeza de Clorito que acaba de inaugurarse; la de Antonio Zelaya que está en la tumba de éste; imágenes de santos tallados en madera que pueblan muchas iglesias del país; estatuillas llenas de gracia; arquitecónicas de cedro ornadas de bajorrelieves maravillosos.

Miro llena de conmovido respeto estas manos de Chacón de entre las cuales saliera con plenitud de vida silenciosa y honrada esta frente de Clorito colmada de ideas y esta bien conocida actitud del más grande hombre de ciencia que ha tenido Costa Rica. Bajo la piel morena de las manos de artesano acostumbrado a manejar lo duro, arde el fuego creador. Entre los dedos fuertes uno siente a Dios; entre las venas enérgicas corre la potencia divina. Estas manos de Chacón golpearon la piedra que se resistía y lo volvieron dócil

como la cera. Ellas sacaron de entre la tierra sin ascos al barro — esta diorita parecida al granito; se maltrataron, se esforzaron, sangraron y se pusieron tensas y adoloridas como mujeres que dan a luz. Luego las escodas y los cinceles entraron en acción manejados por las manos del sencillo escultor herediaño. La dureza de la piedra se ablandó; la inteligencia se metió en el mineral y lo convirtió en un ser pensante. Miro la hóveda de la frente que lo cubre todo; miro la actitud que es la actitud del Dr. Picado, en su laboratorio cuando meditaba sobre tubos de ensayo, probetas y matraces. Ante la cabeza de piedra me invade una sensación de misterio y admiración. ¿Cómo lograron las manos de Chacón, que la piedra se convirtiera en una cabeza serena dentro de la cual fluye como un río silencioso el pensamiento? Sí, bajo esa frente vive el pensamiento que consume al hombre que medita y lo atormenta y lo hace dichoso. ¿Cómo hicieron estas manos para resumir toda existencia en este gesto que conocimos los que fuimos devotos de la obra de Clorito, el gesto de uno que se pasó la vida hablando consigo mismo acerca de las virtudes y pecados que lo rodeaban? ¿Cómo hicieron las manos de Chacón para echar este manto de serenidad sobre la in-

quietud dolorosa del que piensa y duda?

Allí queda a la entrada de la Universidad de Costa Rica la cabeza tallada en piedra por Juan Rafael Chacón, el escultor costarricense. Allí queda como llamando con un gesto que nace en la entraña de la piedra y se asoma en ondas silenciosas a la superficie... ¿A quién llama? A la muchachada estudiantil que tan perdida anda en estos días en que el fascismo retoña en América. La invita a la humanidad que es lo opuesto al fascismo. La invita a dudar. Allí queda como un ángel de la duda que él mismo recomendó a la simpatía de sus conciudadanos y que nos ha recordado el compañero Chávez en su discurso. Allí queda, inclinada sobre el gran tubo de ensayos que es la Naturaleza de la que formamos parte. Allí queda dudando... dudando... dudando... e invitando a los jóvenes estudiantes a que duden también. Porque la duda es curiosidad, ansia de saber, anhelo de justicia, actitud filosófica ante el saber humano, deseo infinito de descubrir la verdad y de descubrir mundos.

Allí queda la obra de arte del escultor costarricense. Los estudiantes deben conocerlo y estrechar su mano. Es una mano creadora, tosca como la de un obrero.

CARMEN LYRA